

XII

EPISCOPOLOGIO VALENTINO

TOMO I

por el Dr. D. Roque Chabás.

Por singular coincidencia, en los mismos días en que la Academia me confió el encargo de informarla acerca del contenido y mérito de la obra del Sr. Chabás, cuyo título encabeza estas líneas, tuve ocasión de visitar á tan benemérito historiador en el copioso arsenal de sus estudios sobre la iglesia de Valencia, y vi y compulsé con encanto y admiración las fuentes documentales de su trabajo, que, solícitamente ordenadas por él, preparan para su obra raudales de luz que acrecienten la que abrió el P. Flórez á los arcanos de la *España Sagrada*.

El archivo metropolitano de Valencia, abundante en diplomas que ilustran la historia de su iglesia y la civil de su reino, ha pasado por las manos del Sr. Chabás, como el oro por las de un artífice habilísimo, y tras largos años de perseverantes tareas, que apenas se explican ya en estos tiempos frívolos, para acometidas por un hombre solo, sin más estímulo que su entusiasmo por las ciencias históricas, ha llegado á ser verdadero ejemplar de archivos, donde no hay legajo, ni documento ni noticia que no se venga á la mano á la sola evocación de su nombre. Cuando el Sr. Chabás no hubiese hecho otra cosa que levantar y ordenar este magnífico andamio de la historia de Valencia y distribuir en él tantos y tan excelentes materiales para componer su obra, ya hubiese dejado huella indeleble de su paso por aquel Cabildo y merecido la gratitud de todos los amantes de la cultura patria.

Pero ocurrió, que elevado recientemente á aquella silla metropolitana el diligente y docto obispo Sr. Guisasola, tan entusiasta de los estudios históricos como amante de sus cultivadores, al posesionarse de su Iglesia y hallar en ella con un archivo abundantísimo un hombre capaz de aprovecharlo, con la viveza de

su carácter y los anhelos de su cultura, dispuso que se llevase acabo la obra del episcopologio bajo la eficaz y valiosa protección de su autoridad episcopal y de sus personales recursos. Y dicho y hecho, pues lanzada la idea no dejó de su mano al docto archivero hasta que hubo escrito y dado á la estampa el primer tomo que motiva este Informe.

Comprende la historia de la iglesia de Valencia desde sus orígenes hasta el siglo XIII, y se halla dividido en treinta capítulos y un extenso apéndice, formando un volumen en 4.º mayor de 400 páginas, esmeradamente impreso en Valencia, é ilustrado con algunos grabados. Le acompaña un prólogo de nuestro sabio anticuario el P. Fidel Fita, tan erudito y bien intencionado como todos sus escritos, en los que palpita siempre su entrañable amor á la historia patria.

Entrando en el fondo de la obra y aunque parezca extraño, debo declarar que en este primer volumen lo que menos puede buscarse son noticias de obispos valentinos, pues salvo el capítulo IX, que dedica á ilustrar la prelación del venerable varón Justiniano, que ocupó la silla de Valencia desde el año 527 al de 548, y la transcripción de las noticias del P. Flórez sobre los obispos valentinos que suscribieron las actas de los concilios toledanos, desde Uviligisclo, que asistió al tercero en 589 y en él adjuró la herejía arriana, hasta Marciano que asiste al décimoquinto en 688, todo lo demás que contiene este interesante volumen se refiere á los orígenes del cristianismo en la comarca valenciana y á las vicisitudes de su historia así civil como eclesiástica, hasta su definitiva reconquista con la entrada de D. Jaime en la capital del Turia en 28 de Septiembre de 1238.

Pero no se crea que por esto la obra del Sr. Chabás decae un punto del interés que debe despertar para los eruditos y amantes de la historia patria; al contrario, el tomo I del *Episcopologio valentino* es un rico compendio de cuantas noticias ha podido reunir su autor en una vida larga y laboriosa dedicada por entero á esta clase de estudios, respecto á los orígenes cristianos de la población de Valencia, no solamente en las obras de los antiguos cronistas y doctores de la Iglesia y en los diplomas que

se conservan en los archivos, sino en los monumentos arqueológicos que como testigos incorruptibles y veraces deponen acerca de los tiempos y los hombres que alcanzaron y arrojan conclusiones seguras con que asentar los cimientos de la historia regional de Valencia y de los orígenes y desarrollo de su cristiandad y de su iglesia metropolitana.

El Sr. Chabás no se ha contentado con esta labor, en la que ha invertido una gran parte de su vida, sino que, remontando más alto el vuelo, ha estudiado las obras más eruditas y más autorizadas de los modernos historiadores extranjeros, y ha aprovechado de ellas aquellas noticias generales que, comprobadas por diversos y múltiples monumentos de los primeros siglos del cristianismo en otras regiones del mundo, tienen exacta y segura aplicación á los orígenes de la Iglesia en España. Así ha podido recoger y aplicar á la de Valencia los estudios del abate Duchesne, los de Funk, los de Mommsen y de otros sabios modernos acerca de la difusión del cristianismo por medio de las aljamas hebraicas, que como precursores de la buena nueva se extendieron por las costas mediterráneas desde la cautividad de Nínive y Babilonia hasta adquirir pleno desarrollo con la dispersión de los judíos después de la ruina de Jerusalén.

Y al llegar á este punto, he de citar en justo elogio de nuestro docto compañero el P. Fita, el acierto con que trabaja en confirmar con testimonios epigráficos este hecho de la introducción del cristianismo en España y la imparcialidad con que censura en el prólogo de la obra que examino la desconfianza del Sr. Chabás sobre los monumentos hebraicos de Sagunto y Orán Nebach; pero permítame tan bondadoso maestro que añada también en descargo del autor que, si bien pone en duda ó niega, por referencia de otros autores, esas inscripciones y no ha consultado las publicadas por Moisés Schwab halladas en España, esta circunstancia no impide que asiente y reconozca como cierta la doctrina que de ellos se deduce para el estudio de los orígenes del cristianismo, como la prueba el capítulo II del libro en el cual recoge y hace suyas las afirmaciones de Duchesne, cuyo cuadro de la creación de las nuevas iglesias ó cristiandades

es el mejor resumen que se conoce de la preparación evangélica por medio de las Comunidades judaicas, de las cuales surgió otra nacionalidad superior, con otro régimen universal, otro espíritu y otra jerarquía, y cuyo cetro pasó de Jerusalén á Roma, de la sinagoga judaica á la Iglesia católica.

No puede exigirse á un historiador que apure todas las pruebas á que se refiere su investigación; basta con que siente premisas ciertas y exponga doctrinas comprobadas por cualquier clase de testimonios ciertos, dejando á generaciones sucesivas la labor de ampliar la materia y deducir con nuevos descubrimientos ó hallazgos nuevas pruebas que confirmen la doctrina expuesta é ilustren con mayores luces la ya clara y segura narración de los hechos, sazónada con una crítica imparcial, diligente y verdaderamente docta.

Expone el Sr. Chabás en los capítulos III y IV de su obra los hechos comprobados y los testimonios más auténticos que se conocen sobre la predicación de los apóstoles en España, y con admirable claridad nos lleva de la mano por la vía que, «atravesando el Mediodía de las Galias llegaba al Pirineo, desde allí bajaba á Tarragona y terminaba en Cartagena», y por la cual se fueron fundando las primeras iglesias; vía, advierte, por donde antes habían pasado los fenicios y los griegos y por donde se verificó la dispersión de los judíos, que buscaron las plazas comerciales para el ejercicio de sus industrias, estableciendo de paso sinagogas que afianzasen su dominación y el negocio de sus cambios. Y sentado este hecho, nuestro autor declara como consecuencia natural y lógica que la arqueología es el guía más seguro y fiel para el historiador de los orígenes del cristianismo. Consecuente con la idea, y aprovechando el rico botín de las campañas de toda su vida, el Sr. Chabás trae á colación los preciosos restos de la primitiva cristiandad de Valencia, y en capítulos sucesivos va exponiendo este difícil asunto con documentos gráficos y con observaciones tan eruditas y acertadas, que dejan el ánimo del lector satisfecho, convencido y adoctrinado.

Ya comprenderá la Academia que materias tan complejas y sutiles no se prestan, y menos á mi pluma, para hacer un resu-

men completo de su abundante contenido; pero sí diré que el martirio del diácono San Vicente, ocurrido en 304, y en cuyas actas se habla de *multitudo vicina fidelium*, es uno de los primeros y más vehementes indicios de la antigüedad del obispado de Valencia, que debió crearse al comenzar á evangelizarse aquella región, donde Roma fundó, en 138 antes de J. C., su primera colonia española. El Sr. Chabás se detiene amorosamente en referirlo, comentando las noticias más salientes que contienen las actas y recogiendo las pruebas de veneración que los autores más antiguos le han dedicado, empezando por San Agustín y San Isidoro y llegando hasta el calendario bilingüe del siglo x, dedicado á Alhaquem II, y en el que consta la devoción de la iglesia mozárabe. Sobre esta base, Chabás sigue su labor arqueológica, y todo el capítulo vii está dedicado al rebusco de testimonios gráficos de los principios de la cristiandad en Valencia, llegando su trabajo hasta el punto de formar con ellos una monografía de arqueología cristiana valentina tan copiosa y erudita como podía esperarse del laborioso y feliz explorador de la antigua Dianio. El mosaico cristiano-romano de Severina, con su extraño tablero de ajedrez, y atribuído por Rossi al siglo ii; la orante de la misma procedencia, hallada en 1879 y atribuída á la misma época; la lámpara con el crismón del mismo origen, son estudiados con gran detenimiento, para sacar la conclusión de que estos venerables testigos demuestran la existencia del cristianismo en la región valentina desde los primeros siglos de la Iglesia, con el establecimiento de los obispados de Valencia, Denia y Játiva.

Luchando con las tinieblas del siglo v, nuestro autor pasa sereno y firme por entre las debelaciones de los bárbaros, no sin recoger á su paso monumentos de esta época, y singularmente bizantinos, para abrazarse estrechamente con el venerable obispo Justiniano, el primero que abre de un modo definitivo y solemne la serie de los prelados de Valencia, y del cual recientes hallazgos han ilustrado cuestiones planteadas por el P. Flórez en la *España Sagrada*.

Conocíase por Hübner el epitafio de Justiniano, conservado en un códice de París; pero recientemente se han descubierto nota-

bles fragmentos arquitectónicos y epigráficos en la plaza de la Almoina de Valencia, recogidos ya en el BOLETÍN de la Academia é ilustrados por el P. Fita, que acaban de corroborar las noticias que teníamos de tan insigne príncipe de la Iglesia. El señor Chabás reproduce los fragmentos que debieron pertenecer á la primitiva catedral, y pasando de noticias tan seguras á tratar del Concilio Valentino de 546, expone los juicios de los autores más autorizados sobre el carácter de esta Asamblea, que alguno calificó de cismática por no celebrarse en Toledo, como cabeza de toda la provincia, sin tener en cuenta que estando las sedes del litoral sujetas á la sazón al imperio de los bizantinos, no parecía natural que acudieran sus obispos á Toledo, capital de los visigodos. Chabás aduce esta prueba; pero no rehusa exponer el juicio de los demás, concluyendo por transcribir el del P. Fita, según el cual el Concilio Valentino fué provincial de la Metrópoli toledana, y sus cánones se avienen con el ideal de mera disciplina que recuerda San Isidoro al hablar de la ley de tolerancia de Teudis, promulgada en Toledo diez días antes de celebrarse esta Asamblea, á la que asistió con otros seis prelados cartaginenses el venerable Justiniano.

Con el capítulo XIII entra nuestro autor á tratar del monacato valentino-visigótico, cuyas primeras noticias coinciden con el episcopado y vida de Justiniano, de quien dice su epitafio que fué «institutor de religiosas vírgenes y tuvo prelación de monjes».

Chabás cita las dos fundaciones del siglo VI, de que existe noticia: la del Monasterio servitano, citado por San Ildefonso, y la del llamado de San Martín, de que habla San Gregorio Turonense; y al discurrir sobre la situación de estos cenobios, en que no han podido llegar á un acuerdo los eruditos valencianos, lo achaca en parte á la intervención que tuvieron en este asunto los falsos cronicones, urdiendo catálogos de monjes y otras noticias sin fundamento, y lamentando el estrago que hicieron en nuestra historia eclesiástica, les dedica el capítulo XIV, en el cual cierra contra ellos en términos tan vivos y enérgicos como cumple á la nobleza y sinceridad de su espíritu. «Aquellas patrañas sobre San Lorenzo, que escribió Mateu y Sanz—dice—desapare-

cerán, y las noticias verdaderas sobre los varones apostólicos y sobre los primitivos obispos valentinos aparecerán purgadas de las imposturas de los Haubertos y Dextros; es decir, queremos la historia al modo que la elaboraba el P. Flórez, y aunque estos estudios no sean tan completos que formen un conjunto armónico, se publiquen, sin embargo, para que otros los ilustren y ultimen.»

Con estos propósitos, el Sr. Chabás pasa á estudiar el período de la dominación arábica, y desde el capítulo xv al xxx, en 177 páginas muy nutridas, expone una serie de cuadros á cual más vivos y eruditos sobre la ruina del imperio visigótico, y las circunstancias en que se efectuó la invasión arábica en Valencia, donde se mantuvo por más de cincuenta años la independencia de los cristianos bajo la soberanía de los sucesores de Teodomiro, que no sucumben hasta que, como prenda de paz, en las luchas de Abd-Alah con Abderramán II, recibe aquel príncipe rebelde el gobierno y señorío de Todmir en 821.

La condición de los mozárabes valencianos carece de datos seguros en esta región, por lo cual Chabás sigue á Simonet, intercalando algunas noticias propias y originales, sobre todo en la parte referente á la taifa de Denia, donde el valí Mochéhid, de origen cristiano, creó un Estado floreciente en los primeros años del siglo xi y aspiró á ser rey del Mediterráneo, llevando sus conquistas á las Baleares y á Cerdeña y llegando hasta las costas de Italia, mezclándose en todas las guerras de su tiempo y acreditando cualidades extraordinarias de capitán y de gobernante. De los hechos de este célebre caudillo y de su hijo Alí, á quien se debe un notable privilegio á favor del obispo de Barcelona de 1058, cuyo original copió el autor en el archivo del Vaticano, deduce que entre los moros de España hubo más gérmenes cristianos que los conocidos hasta ahora, y que aún está en su cuna la historia de los mozárabes españoles.

Al finalizar el siglo xi la historia de esta región está llena de interesantes vicisitudes, alcanzando Valencia su libertad del Cid Campeador, cuya dominación, desde el 15 de Junio de 1094 hasta fines de 1101, es una de las páginas más hermosas y he-

roicas de nuestra Reconquista. Después de narrar con un conocimiento exacto de la topografía del país, las expediciones cristianas á Andalucía, pasando por tierra valenciana y singularmente la de Alfonso el Batallador en 1125, que llegó á las puertas de Valencia, desde donde marchó por el reino de Murcia hasta tocar casi en las de Granada, nuestro autor estudia los acontecimientos que prepararon la conquista definitiva de Valencia y aporta á este estudio noticias tan raras como peregrinas. El tratado de Cazorla entre Alfonso VIII de Castilla y Alfonso II de Aragón, por el cual se convino en que todo el reino de Valencia fuese de la conquista y señorío de Aragón, descubierto por Chabás en el *Cartulario* de Toledo, prueba á su juicio que sirvió de barrera á la expansión aragonesa por haber despertado los recelos de Castilla, y solamente la prudencia de don Jaime, obligando al infante de Castilla D. Alfonso, después el X, á reformarlo sobre bases más políticas y oportunas, pudo evitar de una parte que ambos reinos no vinieran á las manos, y de otra que no se paralizase la obra de Reconquista pactando treguas con los mahometanos y debilitando con luchas intestinas la energía de las huestes cristianas.

Al hablar de los últimos reyes moros de Valencia, cuenta la conversión de Abderramán y la de su hijo Ceyt Edriz, hechos hoy probados hasta la evidencia, el martirio de los franciscanos Fr. Juan de Perusa y Fr. Pedro de Saxoferrato, enviados por el fundador de Asís para evangelizar á los moros, y el popular milagro de la Cruz de Caravaca, ocurrido después de la conversión del rey moro al finalizar el primer tercio del siglo XIII. Con este príncipe, rudamente combatido por sus mismos partidarios, pactó D. Jaime en 1229 la alianza que había de abrirle más tarde las puertas de Valencia y de su reino.

El relato de esta difícil conquista, lleno de datos nuevos y curiosos, ocupa los últimos capítulos del volumen que examinamos. Chabás sigue la *Crónica Real* en lo principal de los sucesos; pero añade de su cosecha cuantas noticias ha podido recoger de los demás historiadores, concordándolas muchas veces y empleándolas siempre con el tino y el acierto de una crítica severa y ra-

zonada. D. Jaime tuvo que luchar en esta verdadera cruzada á que concurrieran caballeros de toda la cristiandad y los ricos hombres de Aragón y magnates de Cataluña, no solamente con los moros, á la sazón divididos y enconados en diversos bandos, sino con la falta de dinero y la inconstancia de sus capitanes, todo lo cual sirvió más y mejor para acreditar su fe invencible, su talento político, su firmeza inalterable y sus condiciones de gobernante, durando la campaña desde Septiembre de 1232, hasta igual mes de 1238, en que tremoló el pendón real de las barras sobre la torre más alta de Valencia.

Verificada la conquista definitiva, empieza un período nuevo para la Iglesia valentina, y Chabás, valiéndose de documentos tan autorizados como la *Ordinatio Ecclesie Valentine*, hasta ahora apenas conocido y por ninguno aprovechado, y el *Repartimiento*, impreso por primera vez en 1856 y cuidadosamente estudiado por el autor en *El Archivo*, nos hace una descripción tan exacta como curiosa del estado de Valencia en aquellos días y hasta reconstruye los monumentos primitivos de la ciudad que sirvieron de base para la reorganización de la nueva sociedad cristiana.

Termina el volumen que examinamos con un capítulo que titula *El Papa, el Concilio, el Rey*, digno remate de tan interesante historia, pues en él nos cuenta cómo la santidad de Gregorio IX, particular amigo de D. Jaime, acudió á excitar el celo de los fieles de las costas del Mediterráneo para afianzar la conquista de Valencia en una Encíclica elocuentísima, en la cual se congratula del triunfo conseguido y concede gracias extraordinarias á cuantos concurran al dicho reino para que con su ayuda y sus auxilios «eviten que se malogren los frutos de tanto sudor y tanta sangre» derramada en la liberación de Valencia.

Después, por bula del mismo Papa, fechada el 3 de Octubre de 1239 y á petición del rey D. Jaime, la iglesia de Valencia fué declarada sufragánea de Tarragona y nombrado obispo el paborde de esta ciudad Ferrer de S. Martí, cuyo apellido verdadero, según Villanueva, era el de Pallarés. Por este tiempo, el 8 de Mayo de 1240, se celebró un concilio provincial de la Tarraco-

nense, en Valencia, donde entre otras disposiciones se procuró desligar con nuevas prohibiciones la jurisdicción del metropolitano de Toledo en la provincia de Tarragona, y se tomaron otras disposiciones disciplinarias que marcan los nuevos rumbos de la iglesia restaurada.

Las últimas palabras del capítulo y del volumen son de fervorosas alabanzas á D. Jaime, que dotó espléndidamente la nueva iglesia y demostró después de la conquista la prudencia necesaria para conservar en justicia los territorios ganados por su valor y su heroísmo.

El tomo II deberá contener la historia de los obispos de Valencia, y el III la de sus metropolitanos «con la vida interna de la sociedad cristiana en aquellas remotas edades hasta llegar á nuestros tiempos».

Vencido con este esfuerzo el período más difícil del *Episcopologio valentino*, entra el Sr. Chabás en el campo de su laboriosa preparación en el archivo metropolitano, tarea penosa ciertamente por la abundancia de materiales y el cansancio de los años; pero tarea fecunda para él que ha sabido montar tan admirables andamios y siente por estos estudios el mismo amor y el mismo entusiasmo de su juventud.

Esperamos que Dios ha de concederle la satisfacción de terminar la obra de su vida para honor de Valencia y acrecentamiento de la cultura española.

Madrid, 3 de Junio de 1910.

MANUEL PÉREZ VILLAMIL.

XIII

RECUERDOS DE LA MUY NOBLE, MUY LEAL Y MUY HUMANITARIA VILLA DE MUROS

Á los efectos del art. I del Real decreto de 1.º de Junio de 1900, he recibido de nuestro respetable Director el encargo de informar sobre la obra del Sr. D. Ramón de Artaza y Malvarez, cuyo